

ENTRE JOSA Y BARCELONA

Mis padres, Santiago Álvarez Serrano, natural de Josa, y María Alberó Luna, de Alcaine, se casaron en 1920 en la Iglesia Parroquial de Santa María la Mayor de esta última población. Se instalaron a vivir en una casa de Josa, en el Barrio de La Peña, propiedad de unos familiares.

En 1921 nació en dicha casa mi hermano mayor, Clemente.

En 1922 mi padre, animado por su hermana Nicolasa, que servía en una casa de Barcelona, se fue a trabajar a la capital catalana, llevando consigo a su familia.

Al cabo de poco tiempo se puso a vivir con su primo Tomás Serrano Andreu y la esposa de éste, Sebastiana Rodrigo Quílez. En 1923 nació mi hermana Paquita, y dicho matrimonio fueron sus padrinos.

Al cabo de poco tiempo, su primo se fue a vivir a Lérida, y mis padres se trasladaron a una casa de la cercana población de L'Hospitalet de Llobregat, en el barrio de Collblanc, donde en 1925 nació mi hermano Juan.

Cuando mi madre estaba embarazada de mí, toda la familia se fue una temporada a Josa, ya que aún vivían mis abuelos Miguel Álvarez Tomás, alias El Furriel, y Francisca Serrano Muñío. En la casa de Los Jaboneros, en la calle Baja, nací yo en 1929.

De regreso a Barcelona nos instalamos en una finca de la calle Castillejos que tenía casa y huerto.

En 1936 estalló la Guerra Civil. Cuando bombardeaban la Ciudad Condal, y sobretodo nuestra zona intentando destruir la Casa Elizalde, que fabricaba material bélico, nos escondíamos en refugios subterráneos cercanos a nuestro domicilio. Las baterías antiaéreas instaladas en la colina del actual barrio del Carmelo disparaban contra los aviones.

Mi hermano Clemente, con tan sólo 17 años, se alistó voluntario en el ejército republicano. Estuvo en la Batalla del Ebro y al caer prisionero en Gandesa (Tarragona) fue trasladado a un campo de concentración en Aranda de Duero (Burgos). Mi padre fue a buscarlo con el aval de un familiar que era comandante del ejército franquista, pero no consiguió su libertad. De allí pasó al Sáhara hasta que terminó la guerra.

Mis padres enviaron a mi hermano Juan al pueblo. Allí tuvo que ir a la escuela. El maestro era Bernardo Serrano Muñío, quien, con la ayuda de los niños, construyó una pequeña noria para aprovechar mejor el agua del río y regar los bancales cercanos. Posteriormente íbamos mi hermana Paquita y yo. Fuimos en tren hasta la Puebla de Híjar acompañados de mi primo Florencio Álvarez Álvarez, su esposa Basilisa Martín Martín y la hija de ambos, Pensamiento. Recuerdo que yo llevaba un parchís con cristal, y al bajar las maletas del tren me lo rompieron.

La guerra en Josa transcurrió sin ningún sobresalto, y para nosotros fue una época muy feliz.

Mi hermana Paquita fue fotografiada por un matrimonio extranjero, que seguramente eran de las Brigadas Internacionales, ya que les llamó la atención encontrar en el pueblo a una niña tan rubia en medio de las demás, que eran todas morenas.

En 1937 hizo tanto frío, que los orines de los bacines se helaban debajo de las camas.

Mi hermano Juan recuerda que un soldado de nombre León, que pertenecía a un pequeño destacamento militar que había en Josa, era un gran nadador. Ya que la Balsa del Molino Alto se había congelado, hizo un par de agujeros: por el uno entraba y por el otro salía. Así no dejaba de practicar su deporte favorito.

En 1938, durante “la retirada”, mi tía paterna Francisca nos envió a los tres hermanos a Alcaine, donde vivía aún mi abuela materna, Ramona Luna Lerín. La familia de Alcaine no podía hacerse cargo de nosotros y nos mandaron de regreso a Josa. Por el camino nos encontramos a unos familiares, Manuel Torres Álvarez, su esposa Manuela Álvarez Bertolín, y una de sus hijas, Rosa, que nos indicaron que fuésemos con ellos, ya que se dirigían hacia Barcelona. Pasamos por Oliete.

En el trayecto coincidimos con un matrimonio y su hija que llevaban un macho con un serón cargado de enseres personales.

Yendo por las carreteras, a veces oíamos gritos para que nos apartásemos y nos echásemos al suelo en las cunetas, pues los aviones alemanes de la legión Cóndor nos ametrallaban.

En una de esas desbandadas, desapareció el matrimonio del macho, quedándose el animal con nosotros. Así que nos lo llevamos.

Cuando por la noche llegamos a Caspe, ya que no teníamos dinero, dimos el macho a cambio de un plato de lentejas para cada uno. Recuerdo ver un gran reloj en la fachada de un edificio (quizás del ayuntamiento o de la torre de la iglesia), cuyas campanadas señalaban las doce. Yo estaba muerto de sueño.

Por las calles de dicha población pasaban camiones cargados de hombres que gritaban puño en alto: “No pasarán, no pasarán”.

Tras recorrer unos 200 kilómetros a pie, finalmente llegamos a la ciudad de Lérida, donde pudimos coger un tren que nos llevó hasta Barcelona. Era el 16 de marzo de 1938.

Previamente, nuestro padre se dispuso a salir de Barcelona en nuestra búsqueda. Un compañero de trabajo se ofreció a llevarlo en su moto hasta la estación del ferrocarril. Tuvieron un accidente. Al llegar a casa, nuestro padre estaba en la cama con la cabeza vendada.

En enero de 1939 entraban a Barcelona las tropas franquistas. En abril de ese mismo año se daba por terminada la Guerra Civil.

.....
.-.-.-

Cuando mis padres fallecieron, fueron enterrados en uno de los cementerios de Barcelona. Al cabo de unos años, trasladamos sus restos mortales al cementerio de Josa.

Las cenizas de mis hermanos Clemente y Paquita también reposan en dicho camposanto.

Simbólicamente, volvieron a casa.

SANTIAGO ÁLVAREZ ALBERO